

MARÍA CECILIA CIFUENTES H.  
DIRECTORA EJECUTIVA CENTRO ESTUDIOS FINANCIEROS

## “El mito de los oídos sordos”

El Mercurio  
4 de febrero de 2020

Difícil que existan muchos países que hayan incrementado sus recursos para gasto social en forma tan significativa como el nuestro en las últimas décadas. “Hicimos oídos sordos a las demandas de los sectores más vulnerables”. Esta frase ha pasado a ser un lugar común en estos tres meses de crisis. “Sólo nos preocupamos de crecer, sin darnos cuenta de que eran muchos los que tenían urgencias sociales acuciantes, que han sido invisibles para las clases dirigentes, tanto políticas como empresariales, las cuales se satisfacían solo con índices macroeconómicos satisfactorios”. Suena empático, pero es absolutamente falso, se trata sin duda de otro mito más, como esos que nos han llevado a las peores políticas públicas en décadas, y que además han dañado la única vía sostenible para resolver las demandas sociales; el crecimiento económico. Es así como la mitología de “el país más desigual del mundo”, “el FUT que solo favorece a los superricos”, “el lucro responsable de la mala calidad de la educación”, “los derechos colectivos como la única vía para mejorar las condiciones laborales”, “el sistema de capitalización como causa de las bajas pensiones” y “el reparto como el único camino hacia un sistema solidario” han generado respuestas de políticas erradas, que están agravando los problemas que pretendían solucionar.

Ahora, se suma el mito de “los oídos sordos”, que, al igual que los otros, no tiene ningún sustento en la evidencia empírica, y no pasa de ser una frase políticamente correcta que intenta hacer un mea culpa, pero totalmente equivocado. Difícil que existan muchos países que hayan incrementado sus recursos para gasto social en forma tan significativa como el nuestro en las últimas décadas, muy por sobre lo que ha aumentado el PIB per cápita. Efectivamente, el gasto social per cápita ha crecido a una tasa real por año de 5,4% en las últimas tres décadas, tomando en cuenta lo que se gasta en educación, salud, vivienda, protección social y subsidios de transporte, mientras que el ingreso per cápita creció a una tasa promedio anual de 3,4%. Se trata de un aumento muy considerable, que, medido en monto y considerando al 80% de la población que recibe beneficios del Estado, se traduce en un gasto social por persona (en moneda de hoy) que ha pasado de \$530.000 anuales en 1990 a cerca de \$2.500.000 en 2019. Por lo tanto, la idea de los oídos sordos no tiene ningún sustento, no solo hemos crecido económicamente, sino que además lo que hemos destinado a satisfacer demandas sociales ha aumentado a un ritmo muy superior al del aumento promedio de ingresos. Únicamente en salud y educación, dos de las demandas más claras de la población, el gasto público creció a tasas promedio anual de 9,4% y 8,7% reales. ¿A alguien puede parecerle poco?

Entonces, ¿por qué tanto descontento? Habría que preguntarse si los beneficios que está recibiendo una parte muy mayoritaria de la población efectivamente son valorados en lo que nos están costando como país, y la respuesta más evidente es que no. De hecho, la desigualdad de ingresos en Chile prácticamente no cambia luego de la acción del Estado. Entonces, el problema es que la calidad de esos servicios públicos no ha mejorado, a pesar del significativo aumento de recursos. No se trata de oídos sordos, sino de un aparato estatal ineficiente y crecientemente capturado, que impide que esos

cuantiosos recursos se traduzcan en servicios públicos de un valor equivalente. La única respuesta correcta a las demandas sociales es la reforma del Estado, y no seguir destinando más y más recursos, que parecen caer en un barril sin fondo de ineficiencia y malas prácticas. Es de esperar que el mundo político apoye en forma decidida los esfuerzos del ministro Briones en esa dirección, que permiten atender las demandas sociales sin seguir deteriorando la sostenibilidad fiscal.

Lo preocupante es que ese mundo político, con el discurso de los oídos sordos, plantea que la única solución es aumentar nuevamente la carga tributaria en forma significativa, para que ahora sí podamos atender las demandas sociales como corresponde, a pesar de que los contribuyentes ya hemos cumplido con creces en materia de aporte de recursos. La conclusión es una sola: evitemos lo ocurrido con otras reformas sustentadas en consignas falsas, no volvamos a responder en forma totalmente errada al problema de fondo; le restaremos recursos al desarrollo económico para entregarlos a un Estado incapaz de generar lo que la población le está pidiendo. Por favor, volvamos a hacer políticas basadas en realidades y no en mitos, por muy atractivos que sean políticamente.